

## CRAINQUEBILLE

La majestad de la justicia reside por completo en cada sentencia decretada por el juez en nombre del pueblo soberano. Jerónimo Crainquebille, vendedor ambulante, sometido á la policía correccional por haber insultado á un agente de Orden público, averiguó cuán augusta es la Ley. Desde el banquillo de los acusados, en la sala triste y magnífica, vió á los jueces, á los escribanos, á los abogados con sus togas, al ujier con su cadena, á los gendarmes: y detrás de una barandilla, las cabezas descubiertas de los silenciosos espectadores. Vióse á sí mismo sobre una tarima elevada, como si el solo

hecho de aparecer delante de los jueces fuera para el acusado un funesto honor. En el testero de la sala, entre los dos asesores, hallábase el presidente Bourriche. Las palmas de oficial de Academia brillaban en su pecho. Un busto de la República y un crucifijo se alzaban sobre el pretorio, de manera que todas las leyes divinas y humanas estaban suspendidas sobre la cabeza de Crainquebille. Esto le horrorizó, y como carecía en absoluto de ideas filosóficas, no se preguntó lo que significaban aquel busto y aquel crucifijo, ni tampoco trató de averiguar si estaban de acuerdo Jesús y la Patria en el Palacio de Justicia. Era, sin embargo, un motivo de reflexión, porque la doctrina pontificia y el derecho canónico son contrarios en varios puntos á la Constitución de la República y al Código civil. No se sabe que las Decretales hayan sido abolidas. La Iglesia de Cristo enseña que sólo son legítimos los poderes que ella ha conferido, y la República francesa tiene la pretensión de no someterse al poder pontificio. Crainquebille pudiera decir, con algo de razón:

—Señores magistrados: el presidente Loubet no es un ungido; ese Cristo colgado sobre vuestras cabezas os recusa por boca de los Concilios y de los Papas. O está aquí para recordaros los derechos de la Iglesia, que anulan los vuestros, ó su presencia no tiene ninguna significación razonable.

A lo cual el presidente Bourriche quizá respondiera:

—Acusado Crainquebille: los reyes de Francia estuvieron siempre desavenidos con el Papa. Guillermo de Nogaret fué excomulgado, y no renunció por ello á su jerarquía. El Cristo del Pretorio no es el Cristo de Gregorio VII y de Bonifacio VIII; puede ser el Cristo del Evangelio, que no sabía una palabra de derecho canónico y que jamás había oído hablar de las sagradas Decretales.

Entonces Crainquebille hubiera podido replicar:

—El Cristo del Evangelio era un demagogo. Por añadidura padeció un suplicio que desde hace mil novecientos años todos los pueblos cristianos consideran como un gra-

ve error judicial. ¡Le desafío, señor presidente, á que me condene en su nombre ni siquiera á cuarenta y ocho horas de cárcel!

Peró Crainquebille no se entregaba á ninguna reflexión histórica, política ni social. Estupefacto, concebía una idea muy elevada de la justicia por la ostentación que la rodeaba. Profundamente respetuoso y dominado por el terror, hallábase dispuesto á aceptar las opiniones de los jueces acerca de su culpabilidad. En conciencia no se consideraba culpable; pero comprendía muy bien lo poco que significa la conciencia de un verdulero ante los símbolos de la Ley y ante los ministros de la vindicta pública. Ya su abogado le había convencido á medias de que no era inocente.

Una instrucción sumaria y rápida monumentalizó las culpas que pesaban sobre él.

## II

## LA AVENTURA DE CRAINQUEBILLE

Jerónimo Crainquebille, verdulero ambulante, recorría las calles de la ciudad con su carrito y voceaba: *¡Coles, nabos, zanahorias!* Cuando llevaba puerros, decía: *¡Manojos de espárragos!*, porque los puerros son los espárragos de los pobres. El 20 de Octubre, á medio día, bajaba por la calle de Montmartre; le salió al encuentro la mujer del zapatero Bayard y se acercó al carrito de las verduras, cogió desdeñosamente un manojo de puerros, y dijo:

—No valen gran cosa esos puerros. ¿A cómo es el manojo?

—A setenta y cinco céntimos, señora. Son de los mejores.

—¿Setenta y cinco céntimos tres puerros indecentes?

Y tiró el manojó dentro del carro, mientras hacía un gesto despreciativo.

Entonces el guardia núm. 64 acercóse á Crainquebille y le dijo:

—No se detenga.

Como hacía ya cincuenta años que Crainquebille andaba desde la mañana hasta el anochecer, aquella orden le pareció legítima y respetable. Se dispuso á obedecerla, pero antes instó á su parroquiana para que comprase lo que fuera más de su gusto.

—A condición de que yo misma he de elegir lo que compre—respondió ásperamente la zapatera.

Y después de manosear los puerros, y elegir el manojó que le pareció más grande, lo oprimió contra su pecho, como las santas de los cuadros de iglesia oprimen la palma triunfal.

—Le daré setenta céntimos, y es muy bastante. No los tengo aquí; voy á buscarlos á la tienda.

Y abrazada á los puerros entró en la za-

patería detrás de una mujer que llevaba un niño en los brazos.

En aquel momento el guardia núm. 64 dijo por segunda vez á Crainquebille:

—No está permitido pararse.

—Espero á que me paguen—respondió Crainquebille.

—Yo no le pregunto si espera ó no á que le paguen; le digo que no está permitido pararse—replicó el guardia con energía.

Entretanto la zapatera probaba en su tienda unos zapatos azules á un niño de diez y ocho meses, cuya madre tenía mucha prisa. Y las cabezas verdes de los puerros descansaban sobre el mostrador.

Durante medio siglo de vida laboriosa, empujando su carrito por las calles, Crainquebille aprendió á obedecer á los representantes de la autoridad. Pero en aquel caso le rodeaban circunstancias que ponían en contradicción su deber y su derecho. Falto de estudios jurídicos, érale imposible convenirse de que su derecho individual no le dispensaba de cumplir su deber social. Daba demasiada importancia á su derecho, que

consistía en cobrar setenta céntimos, y no se preocupaba lo necesario de su deber, que le obligaba á empujar el carrito sin detenerse, para no interceptar la vía pública.

No se movió.

Por tercera vez el guardia núm. 64, muy tranquilo y sin mostrar disgusto, le ordenó que siguiera adelante. Practicando un sistema contrario al del sargento Montauciel, que amenaza sin cesar y no castiga nunca, el guardia núm. 64 es muy sobrio en sus advertencias y ejecutivo en sus denuncias. Tal es su genio, bastante socarrón y extremadamente reglamentario, con la fiereza de un tigre y la dulzura de un niño. Sólo conoce sus deberes.

—¿No me oye que le digo que no se detenga?

A Crainquebille le retenía inmóvil allí una razón demasiado importante, á su juicio, para que no la creyera suficiente. La expuso con sencillez y sin artimañas:

—¡Rediez! ¿No le dije ya que sólo espero á que me paguen?

El guardia núm. 64 limitóse á razonar:

—¿Quiere que le denuncie? Si tanto lo desea, no tiene más que indicármelo.

Al oír aquellas palabras, Crainquebille encogióse lentamente de hombros, y dirigió á su interlocutor una dolorosa mirada, que alzó después al cielo, como si quisiera decir:

«Que Dios me juzgue. ¿Acaso desprecio las leyes? ¿Acaso me burlo de los decretos y de las ordenanzas que rigen mi condición ambulante? A las cinco de la mañana ya estaba yo en el mercado, y desde las siete cojo las varas de mi carrito, lo empujo y voceo: ¡Coles, nabos, zanahorias! Tengo sesenta años cumplidos; estoy fatigado; ¡y me preguntan si alzo la bandera negra de los sediciosos! Esto es mofarse de mí; esto me parece una burla muy cruel.»

Ya porque no interpretase la expresión de aquella mirada ó ya porque no le pareciera en modo alguno excusable la desobediencia, el agente le preguntó con sequedad si le había comprendido.

Pero en aquel momento la aglomeración de vehículos era inmensa en la calle de Montmartre. Los coches de alquiler, los carro-

matos, los carros de mudanzas, los ómnibus y los camiones, apiñábanse y parecían indisolublemente unidos y enlazados. Entre su estremecedora inmovilidad se proferían interjecciones y juramentos. Los cocheros de punto cambiaban, con los mozos de las carnicerías, á distancia y sin exaltarse, injurias heroicas; los conductores de los ómnibus reconocían en Crainquebille la causa de aquel embrollo, y le insultaban á gritos.

Entretanto, los curiosos apiñados en las aceras, deteníanse para presenciar la disputa. Y el guardia, sobre quien afluían todas las miradas como interrogaciones, quiso responder con un alarde de autoridad.

—Está bien—dijo.

Sacó del bolsillo un cuadernito mugriento y un lápiz muy corto.

Crainquebille insistía en sus propósitos, obediente á una fuerza interior; por añadidura, ya no le hubiera sido posible avanzar ni retroceder, porque una rueda de su carrito estaba enganchada en el carro de un lechero.

Tiróse de los pelos por debajo de la gorra, y exclamó:

—¡Pero no dije que sólo espero que me paguen! ¿Es un crimen lo que hago aquí? ¡Tengo mala suerte! ¡Demonio! ¡Maldita sea la...!

Al oír aquellas frases airadas, hijas de la desesperación y libres de insolencia, el guardia núm. 64 se creyó insultado. Y como para él todo insulto revestía necesariamente la forma tradicional, regular, consagrada, ritual, y por decirlo claro, litúrgica, de «¡Tío sinvergüenza!», en aquella forma recogió y concretó en su oído las palabras del delincuente.

—¡Ah! Conque me llama usted «¡Tío sinvergüenza!» Está bien; sígame.

Crainquebille, en el exceso de su estupor y de su abatimiento, contemplaba con los ojos muy abiertos, abrasados por el sol, al guardia núm. 64, y con su voz cascada, que parecía brotar unas veces por encima de su cabeza y salir otras por debajo de sus talones, exclamaba, con los brazos cruzados sobre su blusa azul:

—¿He dicho: «Tío sinvergüenza»? ¿Yo?...  
¿Es posible?

Los dependientes de comercio y los muchachuelos de la calle acogieron aquella detención con una carcajada; satisfacía el gusto que á las muchedumbres proporcionan todos los espectáculos innobles y violentos. Pero un anciano taciturno con levita y sombrero de copa, se abrió paso entre los que rodeaban á Crainquebille, acercóse al agente y le dijo con suavidad, con energía, en voz baja:

—Usted se ha equivocado; este hombre no le insultó.

—No intervenga en lo que no le importa—le respondió el guardia sin proferir ninguna amenaza, porque su interlocutor iba correctamente vestido.

El anciano insistía con tenacidad, sin perder la calma, y el agente le invitó á que fuese á explicarlo á la Comisaría.

Entretanto Crainquebille exclamaba:

—¿De modo que yo he dicho «Tío sinvergüenza»? ¿Es posible?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, la zapatera señora Bayard acercábase á él con

los setenta céntimos en la mano; pero ya el guardia núm. 64 le tenía sujeto, y la señora Bayard, segura de que nada se le debe á un hombre detenido por la policía, se guardó los setenta céntimos en el bolsillo del delantal.

Crainquebille vió de pronto su carrito abandonado, su libertad perdida, un abismo á sus pies, el sol entre nubes, y murmuró:

—Después de todo...

Ante el comisario, el taciturno testigo declaró que, detenido en su camino por una aglomeración de coches, había presenciado la escena; y afirmaba que el agente sólo por un error pudo considerarse insultado.

Dijo su nombre y su profesión: David Matthieu, médico director del «Hospital Ambrosio Paré», condecorado con la Legión de Honor.

Antiguamente un testimonio de tanta consideración era bastante para convencer á un comisario; pero entre los franceses habían llegado á inspirar desconfianza los hombres de ciencia.

Crainquebille, cuyo arresto fué elevado

á prisión, estuvo toda la noche en el calabozo de la Comisaría, y á la mañana siguiente se lo llevaron en el coche de los presos.

La cárcel no le pareció dolorosa ni humillante; ya la creía necesaria. Desde luego le sorprendió mucho la limpieza del suelo y de las paredes, y dijo:

—Es un local de veras limpio; tan limpio, que se podrían comer sopas en el suelo.

Al poco rato se propuso cambiar de sitio el taburete, y al convencerse de que se hallaba sujeto á la pared, expresó en voz alta su sorpresa:

—¡Vaya una idea! Seguramente á mi no se me hubiera ocurrido esto.

Sentado, jugueteaba con los dedos pulgares, hacíalos girar uno sobre otro, y quedóse como ensimismado en esta ocupación. El silencio y la soledad le anonadaban. Aburríase, y pensaba con tristeza en su carrito abandonado y cargado de coles, de zanahorias, de apio y de cebolletas.

«¿Dónde habrán metido mi carrito?», se preguntaba con ansiedad.

Al tercer día fué á visitarle su abogado,

el señor Lemerle, uno de los más jóvenes y activos del foro de París; era presidente de una de las secciones de la «Liga de la Patria francesa».

Crainquebille trató de ponerle al corriente de su asunto, empresa para él bastante difícil, porque no tenía costumbre de hablar. Tal vez hubiera salido del apuro si le ofreciesen un poquito de apoyo, pero su abogado meneaba la cabeza con recelo á todo cuanto le oía, y mientras hojeaba unos papeles decía en voz baja:

—¡Hum! ¡hum! no veo nada de eso en el sumario.

Después, como si le fatigase todo aquello, se atusó el bigote rubio, y dijo:

—Acaso le tendría más cuenta confesar. Yo, por mi parte, opino que su sistema de negaciones rotundas es de lo más desastroso y contraproducente que existe.

Desde aquel momento, Crainquebille hubiera confesado todo lo confesable, si hubiera tenido alguna confesión que hacer.

el señor Lemaitre, uno de los más jóvenes y activos del foro de París; era presidente de una de las secciones de la «Liga de la Patria francesa».

Crainquebille trató de ponerle al corriente de su asunto, empresa para él bastante difícil, porque no tenía costumbre de hablar. Tal vez hubiera salido del apuro si le ofrecieran un puñito de vino, pero su abogado menaba la cabeza con respeto á todo cuanto le oía y mientras dejaba unos pa-

### III CRAINQUEBILLE ANTE LA JUSTICIA

El presidente Bourriche dedicó seis minutos, muy cumplidos, al interrogatorio de Crainquebille. Aquel interrogatorio hubiese dado alguna luz si el acusado supiera responder á las preguntas que le dirigieron; pero Crainquebille no tenía costumbre de discutir, y en presencia de los jueces el respeto y el temor le sellaban los labios.

Por esto guardó silencio, y entretanto el presidente suponía y formulaba las respuestas, que resultaron abrumadoras. Por fin dedujo:

—Es indudable que reconoce usted haber dicho «Tío sinvergüenza».

—Yo sólo dije «Tío sinvergüenza» para explicarle al guardia que yo no le llamé «Tío sinvergüenza». Por esto dije yo «Tío sinvergüenza» cuando lo dije.

Quería razonar de qué modo, asombrado por una imputación sin fundamento, había repetido las palabras que tan caprichosamente le atribuían á pesar de que no las pronunció en aquel instante ni con el propósito indicado en las diligencias. Cuando él dijo «Tío sinvergüenza», lo dijo precisamente para sincerarse, como pudo acaso decir: «¿Yo insultar á un guardia? ¿puede alguien suponerlo?»

El presidente Bourriche no lo comprendió así.

—¿Se obstina usted en que el guardia pronunció antes ese insulto?

Crainquebille no veía la manera de poner en claro sus pensamientos; consideraba muy difícil dar explicaciones.

—¿No insiste ya? Es lo mejor que puede hacer—adujo el presidente.

Y mandó que se presentasen los testigos.

El guardia núm. 64, llamado Martín Matra, después de jurar que diría la verdad y solamente la verdad, habló así:

—El día 20 de Octubre, á las doce de la mañana, estaba yo de servicio en la calle de Montmartre, y me chocó un individuo con aspecto de vendedor ambulante, que tenía su carrito indebidamente parado frente al número 328, con lo cual interceptaba la vía pública, y fué causa de que se aglomerasen allí muchos coches.

«Le dije varias veces que siguiera su camino, y se negó á obedecerme. Cuando yo le advertí que le denunciaría, me llamó «Tío sinvergüenza»; y esto me parece bastante injurioso.»

Aquella declaración enérgica y mesurada fué oída con evidente credulidad por los jueces. El defensor había citado á la señora Bayard, zapatera, y al doctor Matthieu, médico director del «Hospital Ambrosio Paré», condecorado con la Legión de Honor. La señora Bayard no había visto ni oído nada; el doctor Matthieu se hallaba entre la muchedumbre reunida en torno, cuando el guardia

pretendía que se alejara el verdulero. Su declaración ocasionó un incidente.

—Yo presencié la escena—dijo—y estoy seguro de que el guardia se había equivocado; nadie le insultó. Acerquéme y se lo advertí. El guardia detuvo al verdulero y me invitó á ir con ellos á la Comisaría. En efecto, así lo hice y reiteré mi declaración ante el comisario.

—Puede usted sentarse—dijo el presidente—. Ujier, avise al testigo Matra.

—Matra: cuando procedió usted á la detención del acusado, ¿no le hizo observar el doctor Matthieu que había usted entendido mal?

—Estoy seguro, señor presidente, de que también me insultó.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo «Tío sinvergüenza».

Un rumor de risas alzóse en el auditorio.

—Puede usted retirarse—dijo el presidente con precipitación.

Y advirtió al público que si continuaban aquellas indecorosas manifestaciones, ordenaría que se desalojase la sala. Entretanto,

el defensor agitaba triunfalmente las mangas de la toga, y en aquel instante la opinión general daba por seguro que Crainquebille sería absuelto.

Ya restablecida la calma, el abogado señor Lemerle se levantó. Empezaba su defensa con un elogio de los guardias de Orden público: «Esos humildes servidores de la sociedad que, mediante un salario insignificante, soportan fatigas, afrontan peligros y practican el heroísmo á todas horas: son viejos soldados cuya misión prolonga sus afanes de soldados. ¡Soldados! he aquí palabra que lo compendia todo...»

Y el señor Lemerle se remontó sin esfuerzo á las más elevadas consideraciones acerca de las virtudes militares. Dijo ser uno de los que «no consienten que se ataque al ejército, al ejército nacional, en cuyas filas milita, y por esta razón se siente orgulloso».

El presidente inclinó la cabeza.

En efecto, el señor Lemerle era teniente de la reserva. También era candidato nacionalista en el barrio de las Vieilles-Haudriettes.

Prosiguió:

—No desconozco los servicios modestos y preciosos que prestan diariamente los guardias de Orden público á la honrada población de París; y no consintiera en tomar á mi cargo la defensa de Crainquebille si hubiese visto en él á un infamador del viejo soldado. Se acusa á mi cliente de haber dicho «Tío sinvergüenza».

»El sentido de la frase no es dudoso.

»¿Cómo la pronunció Crainquebille? ¿Está probado que la pronunció? Permitanme que lo dude, caballeros.

»No acuso al agente Matra de tener ningún propósito dañino, pero realiza, como ya lo indicamos, una tarea penosa, y á veces hállase fatigado, extenuado, abrumado. En tales condiciones, puede ser víctima de una especie de alucinación del oído; y cuando nos dice, caballeros, que el doctor David Matthieu, condecorado con la Legión de Honor y médico director del «Hospital Ambrosio Paré», un príncipe de la ciencia y un hombre correcto, le llamó también «Tío sinvergüenza», nos vemos obliga-

dos á reconocer que Matra padecía una obsesión, y si la frase no resulta impropia, diré que algo así como un delirio de persecuciones.

»Pero aun cuando Crainquebille hubiera gritado «Tío sinvergüenza», quedaría por averiguar si esa frase tiene en su boca un carácter delictivo. Crainquebille, hijo natural de una vendedora ambulante, víctima de la borrachera y de la sensualidad: es alcohólico de nacimiento.

»Ahí le tenéis, embrutecido por sesenta años de miseria. Caballeros: la piedad y la justicia nos obligan á reconocer en ese infeliz á un irresponsable.»

El señor Lemerle volvió á sentarse, y el presidente Bourriche leyó entre dientes una sentencia, por la cual Jerónimo Crainquebille salía condenado á quince días de cárcel y á cincuenta francos de multa. El tribunal fundaba su fallo en la declaración del guardia Matra.

Cuando atravesaba los corredores, largos y oscuros, del Palacio de Justicia, Crainquebille sintió una irreprimible ansia de afec-

to. Volvióse hacia el guardia que le conducía y le llamó tres veces:

—¡Ay, Cipal! ¡Cipal!... ¡Cipal!...

Luego suspiró:

—¡Si hace quince días me hubiesen anunciado lo que tenía que sucederme, lo que me ha sucedido!...

Después hizo la siguiente reflexión:

—Los jueces y los abogados hablan muy de prisa. Todos hablan bien, pero hablan muy de prisa. No puede uno entenderse con ellos... Cipal, ¿no le parece á usted que hablan muy de prisa?

El soldado avanzaba sin contestar ni volver la cabeza.

Crainquebille le preguntó:

—¿Por qué no me responde?

Como el soldado seguía en silencio, Crainquebille le dijo con amargura:

—A los perros se les habla. ¿Por qué no habla usted conmigo? ¿Nunca despega usted sus labios? ¿No teme que se le pudra la lengua?

se muy satisfecho, por haber logrado en esta ocasión defenderse contra las vanas curiosidades del espíritu, y prevenirse contra ese orgullo intelectual que pretende saberlo todo. Resuelto á examinar las contradictorias declaraciones del doctor David Matthieu y del guardia Matra, el juez hubiera tomado un camino que sólo conduce á la duda y á la incertidumbre. El método, el examen de os hechos conforme á las reglas del análisis, resulta incompatible con la buena administración de la Justicia. Si el magistrado cometiese la imprudencia de seguir este método, sus juicios dependerían de su sagacidad personal, que á menudo es minúscula, y de la inevitable fragilidad humana. ¿Cuál sería su autoridad? No puede negarse que el método histórico es en absoluto impropio para proporcionarle cuantas certidumbres necesita. Basta recordar la aventura de Walter Raleigh.

«Un día que Walter Raleigh, encerrado en la Torre de Londres, trabajaba, según su costumbre, en la segunda parte de su *Historia del mundo*, se produjo una querrela al

## IV

## APOLOGÍA DEL PRESIDENTE BOURRICHE

Algunos curiosos y dos ó tres abogados salieron de la sala después de leída la sentencia y cuando ya el escribano presentaba otra causa. Los que salían no hicieron ninguna reflexión acerca del asunto Crainquebille, que no les había interesado y del cual ni se acordaban ya. Sólo el señor Lermite, grabador al agua fuerte, que no frecuentaba las audiencias públicas del Palacio de Justicia y estuvo allí aquel día sin explicarse por qué, reflexionó acerca de lo que acababa de ver y de oír.

Puso una mano sobre el hombro de su compañero Aubarré, y le dijo:

—El presidente Bourriche puede mostrar-

pie de su ventana. Entretúvose mirando á los contendientes, y cuando volvió á su tarea estaba seguro de haberlos observado muy bien. Pero al día siguiente y al tratar de aquel asunto con uno de sus amigos, que no sólo había presenciado la riña, sino que llegó á tomar parte en ella, vió desmentidas todas sus observaciones; y reflexionó acerca de lo difícil que debe ser cerciorarse de la verdad al referir acontecimientos lejanos, cuando es posible padecer tan manifiestas equivocaciones respecto á lo que ocurre muy cerca de nosotros. Entonces arrojó á las llamas el manuscrito de su historia.

»Si los jueces sintieran los mismos escrúpulos que sir Walter Raleigh, también arrojarían á las llamas todos los procesos; y al obrar así, faltarían á su deber y renegarían de la Justicia; esto sería, por su parte, un crimen. Es necesario renunciar á saber, pero no se puede renunciar á juzgar. Los que desean que las sentencias de los tribunales estén fundadas en la investigación metódica de los hechos, son unos sofistas peligrosos y unos pérfidos enemigos de la justicia

militar y civil. El presidente Bourriche tiene un espíritu de sobra jurídico para pretender que autoricen sus fallos la razón y la ciencia, cuyas deducciones están sometidas á eternas disputas. Las funda en los dogmas y las basa en la tradición, de manera que sus juicios igualan en autoridad á los mandamientos de la Iglesia. Sus sentencias son canónicas; quiero decir que las extrae de un cierto número de cánones sagrados. Vea usted, por ejemplo, cómo clasifica los testimonios, no según los caracteres inciertos y engañosos de la verosimilitud y de la verdad humana, sino conforme á caracteres esenciales, permanentes y manifiestos. Los pesa con el peso de las armas. ¿Puede haber nada tan sencillo y tan prudente á la vez? Considera irrefutable la declaración de un guardia de Orden público, prescindiendo de su flaqueza humana y considerándolo metafísicamente como á un número matriculado, y conforme á los grados de la policía ideal. No es que juzgue á Matra (Sebastián), natural de Cinto-Monte (Córcega), incapaz de equivocarse; nunca pensó que Sebastián Matra estuviese

dotado de un profundo espíritu de observación, ni que aplicase al estudio de los hechos un método exacto y riguroso. A decir verdad, sólo considera á Sebastián Matra como guardia núm. 64.

»Un hombre es falible—reflexiona—; Pedro y Pablo pueden equivocarse; Descartes y Gassendi, Leibnitz y Newton, Bichat y Claudio Bernard han podido equivocarse. Todos nos equivocamos á cada momento; las razones que nos inducen al error son innumerables; las percepciones de los sentidos y los juicios del entendimiento son fuentes de ilusión y causas de incertidumbre; no debemos fiarnos del testimonio de un hombre: *Testis unus, testis nullus*. Pero se puede confiar en un número. Sebastián Matra, de Cinto-Monte, es falible, pero el guardia número 64, si prescindimos de su condición humana, no se equivoca; es una entidad, y en una entidad no hay nada de lo que turba, corrompe y engaña á los hombres. La entidad es pura, inalterable y sin mezcla. Por esto el tribunal no ha vacilado en rechazar el testimonio del doctor David Matthieu, que

es un hombre, para admitir el del guardia número 64, que es una idea pura y como un rayo de Dios penetra en el estrado.

»Al proceder de ese modo, el presidente Bourriche se asegura una especie de infalibilidad, la única posible para un juez. Cuando el hombre que declara lleva un sable, es al sable á quien debe oirse, y no al hombre. El hombre es propenso al error y puede engañarse; pero un sable se inclina siempre hacia lo justo. El presidente Bourriche ha interpretado muy bien el espíritu de las leyes. La sociedad se apoya en la fuerza y la fuerza debe ser respetada como el fundamento augusto de las sociedades. La Justicia es la administración de la fuerza. El presidente Bourriche sabe que el guardia núm. 64 es una partícula del Estado. El Estado reside en cada uno de sus servidores. Disminuir la autoridad del guardia núm. 64 es debilitar el Estado. Comer una de las hojas de la alcachofa es comerse la alcachofa, como dice Bossuet en su lenguaje sublime (*Política de la Sagrada Escritura, passim*).

»Todas las espadas del Estado están vuel-

tas hacia el mismo punto. Si se ponen unas frente á otras, se trastorna la República. Por eso el acusado Crainquebille fué justamente condenado á quince días de cárcel y á una multa de cincuenta francos, conforme á la declaración del guardia núm. 64. Me parece oír explicar al presidente Bourriche las razones poderosas y bellas que inspiraron su sentencia. Me parece que dice:

»He juzgado á ese individuo de acuerdo con el guardia núm. 64, porque el guardia número 64 es la emanación de la fuerza pública. Y para comprender mi prudencia, para deducir lo absurdo que sería en mí hacer lo contrario, bastará imaginar que lo hice: puesto que si yo juzgara contra la fuerza, mis sentencias no serían ejecutadas. Observad que los jueces sólo son obedecidos mientras la fuerza reside en ellos. Sin los gendarmes, el juez sería sólo un iluso. Yo no puedo quitar la razón á un gendarme; por añadidura, el genio de las leyes se opone terminantemente. Si desarmásemos á los poderosos y armásemos á los débiles, alteraríamos el orden social que nuestra misión nos obliga

á conservar. La Justicia es la sanción de las injusticias establecidas. ¿Ha sido alguna vez opuesta á los conquistadores y contraria á los usurpadores? Cuando se alza un poder ilegítimo, para legitimarlo basta reconocerlo. Todo está es la forma, sólo cabe entre el crimen y la inocencia una hoja de papel timbrado puesta de canto. Crainquebille hubiera sido absuelto si fuera el más fuerte. Si después de gritar: «¡Tío sinvergüenza!», hubiese conseguido que le nombraran emperador, dictador, presidente de la República ó por lo menos concejal, estoy seguro de que no le condenara yo á quince días de cárcel y á cincuenta francos de multa; le hubiera absuelto libremente; puede usted creerlo.»

»Sin duda expresara sus ideas de este modo el presidente Bourriche, que tiene una inteligencia jurídica y sabe lo que un magistrado debe á la sociedad. Defiende los principios con orden y método. La Justicia es social, y sólo espíritus perversos pretenden hacerla humana y sensible. Se administra con reglas fijas y no con estremecimientos

30206

BIBLIOTECA DE WHEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

musculares y resplandores de la imaginación. Sobre todo, no la exijáis que sea justa; no necesita serlo, puesto que es Justicia, y hasta diré que la idea de una Justicia justa, sólo ha podido nacer en la cabeza de un anarquista. Es cierto que el presidente Magnaud dicta sentencias razonables; pero se las casan, como se debe hacer.

»El verdadero juez pesa los testimonios con el peso de las armas. Lo vimos en el proceso de Crainquebille y en muchos otros más célebres.»

Así habló Juan Lermite, mientras recorría de un extremo á otro la sala de espera.

El señor Aubarré, que frecuentaba el Palacio de Justicia, le respondió, rascándose las narices:

—Si desea usted saber mi opinión, le diré que no supongo al presidente Bourriche remontado en alas de tan sutil metafísica. A mi juicio, admitió el testimonio del guardia núm. 64 como la expresión de la verdad, porque todos obran de una manera parecida. Debemos atribuir á la imitación

el motivo de casi todas las acciones humanas. Ateniéndonos á la costumbre, pasaremos generalmente por hombres honrados, porque se llaman hombres honrados los que lo hacen todo lo mismo que los demás. ✓